

Informe #278.

Venga y Encuentre el sentido Último de la Existencia.

Por fin, paz en el mundo. Un gestor municipal transnacional para todos, siempre con la luz encendida. Una sola religión, un solo país. Los robots metamórficos, como yo, dejamos de explorar. Ahora modelábamos individualidades, saltando de una a otra para establecer desviaciones gaussianas en las muestras estándar: media de inteligencia, media de extraversión, media de curiosidad, etc.

El caso que me asignaron ese fatídico noviembre estaba fuera de toda estadística en el ámbito sexual, era un hermafrodita.

Soy hermafrodita y muchas otras cosas. Pero ellas me eligieron por ésta condición, aunque yo siempre la hubiese mantenido en secreto. Tenían un matadero al final de todas las estaciones y líneas de metro. Necesitaban a alguien que accionase las sillas, a cualquier hora, pues ellas tenían la costumbre de estar activas sólo los sábados por la noche. La campaña de márketing iba a ser espectacular, pues habían conseguido mucho dinero de muy diversas, lucrativas y poco morales formas. Ya tenían, incluso, frase promocional: “Líbrese de sus preocupaciones y gane un viaje a la ciudad de la diversión”.

El funcionamiento de la silla era muy sencillo: el paciente llegaba al “espectáculo”, como ellas le decían, y, después de atarlo con cadenas, le hacíamos una serie de preguntas de control:

- ¿Cree usted en Dios?
- ¿Cree usted en Dioses?
- ¿Cree usted en los fantasmas?
- ¿Cree usted en feng-shui, homeopatía o algo similar?
- ¿Se considera usted una persona espiritual?

Si la respuesta a cualquiera de éstas preguntas era “sí”, debía apretar un botón verde. Si no, uno rojo. Cuando apretaba el botón verde se oía un fuerte ruido y las cadenas eran liberadas. El sujeto, con una sonrisa en la cara, se levantaba y se iba. Un pequeño bote de cristal se llenaba de hediondas gelatinas de un color que no sabría describir. Yo debía cerrar rápidamente el bote y entregarlo a un mensajero, que siempre esperaba en la puerta con su moto. Si apretaba el botón rojo se abría una trampilla en el suelo y el paciente, con silla y todo, era engullido por un pozo del que nunca pude averiguar el fondo.

Tres preguntas me tenían obsesionado en esos tiempos:

1. ¿Qué era esa excreción tan valiosa de los botes y para qué lo querían ellas?
2. ¿Dónde iban a parar los sujetos que no creían en nada?
3. Y la más inquietante: ¿Por Qué le llamaban a ese sitio matadero?

En este punto parecía que el hermafrodita ya no podía darme mucha más información, debía modelar a una de esas mujeres que le habían contratado.

Soy Kira, la bruja del norte. Junto con nuestras hermanas, los cristianos quemaron muchos de los planos de máquinas maravillosas. La silla de extirpación de creencias inútiles llegó a convertirse, casi, en una leyenda. Muchas de nosotras creíamos que era solo un mito inventado por los sucios y pervertidos curas, como lo de volar con escobas. Pero en el 2056 encontramos un niño en un psiquiátrico. Él nos explicó que el viejo río FUSDien estaba a punto de descongelarse. Allí acudimos y esperamos pacientemente hasta el primer menguante de mayo, cuando, efectivamente, el FUSDien, que llevaba más de doscientos años en estado sólido, se descongeló. Debajo de aquella sepultura fría estaba el último paradero conocido de la Baba Yaga y, entre sus cosas, las instrucciones para construir la silla de extirpación. Compramos los materiales en la tienda de donde nunca entra ni sale nadie y la probamos con un niño. Dejó de creer en los reyes magos y su creencia se tornó en un fabuloso ungüento que, untado en nuestras escobas, nos hacía volar.

Modelado de una estudiante de filosofía:

Soy Emma. Ex-estudiante de filosofía, como la mayoría de compañeros de mi facultad. Empezaron a faltar a clases en parejas o tríos y, como el invierno estaba resultando duro, pensé que la gripe era la culpable. Pero, mientras me encontraba en el lavabo pensando en la crítica de Kant, escuché la conversación de dos compañeras frikis:

- ¿Has oído lo de ese espectáculo al que han ido todos?
- Sí, parece que lo han escrito las mismas que inventaron la silla. ¿Cómo se titula, algo del sentido?
- “Venga y encuentre el sentido último de la existencia”, se titula y, además, es gratis y lo hacen en las naves abandonadas del puerto.

Por supuesto que, nada más subirme los pantalones, tomé el tranvía al puerto.

No me costó demasiado encontrar el lugar, pues una gran cola precedía la pequeña entrada negra. Delante de mí tenía dos hombres mayores, vestidos de pana y con cartera de cuero. Profesores universitarios, pensé, los conocía bien. Los dos leían libros en lenguas muertas, aunque uno estaba firmado por un nombre occidental, un tal doctor Klatt.

A la entrada me dieron un papel con la siguiente texto:

“La hermandad del Sábado les da la bienvenida al espectáculo definitivo. Después de esta noche, ya no necesitará usted religión, arte o ciencia. Aquí está la respuesta a todas sus preguntas. Simplemente siéntese y disfrute. No hay prohibiciones en cuanto a teléfonos móviles, onanismos o actos violentos.

La música que puede escuchar es:

- “Gymnopedie n 7” (Erik Satie)
- “Atlas Eclipticalis” (John Cage)
- “Lux Aeterna” (György Ligeti)

Esperamos que disfrute y, si no encuentra el sentido de la vida, puede visitarnos en la Torre Roja y le arreglaremos la mente”

El escenario eran cuatro tablas mal puestas y, el telón, cientos de sábanas cosidas, todas ellas adornadas con diferentes motivos del ouroboros.

Suena “Gymnopedie n 7” (Erik Satie). El telón se levanta y una gran marioneta inmóvil, vestida de payaso, ocupa todas las tablas. Poco a poco baja, desde el techo, suspendida por cuatro cuerdas, una de las famosas sillas de extirpación con un botón rojo encendido. El sujeto, atado a la silla, va despertando poco a poco.

Suena “Atlas Eclipticalis” (John Cage). El hombre de la silla empieza a chillar al ver la marioneta gigante que, dicho sea de paso, tiene dos cuchillos en las manos (a su escala, que es lo preocupante). El títere corta en seis grandes partes al desdichado y todo se llena de sangre y de un hedor como a matadero. Cae el telón, las luces se apagan. Náuseas y vómitos entre el público.

Suena “Lux Aeterna” (György Ligeti). Todo está oscuro, sólo se oye un gorgoteo y un siseo, como si algo se arrastrara por el suelo, lentamente. La claridad va apareciendo, pero tan lentamente como en un amanecer. Pasan minutos, quizá horas hasta que empiezan a entremezclarse formas y colores. ¿Animales? Pienso. ¿Reptiles mamíferos rojos, marrones y negros? Y empiezo a vislumbrar, a la vez que la realidad, una respuesta distante al insondable absurdo espectáculo de la existencia. Las formas que se mueven son trozos de carne, carne no viva, carne animada que reptar por el suelo, movimiento artificial como el de las marionetas, carne aún no putrefacta, pero sí en el camino del gusano. Fragmentos de lo que antes había sido cuerpo entero, un yo, con un nombre. Fragmentos que ahora bailan el baile cósmico. Una música tocada por un flautista loco en el centro del universo y de la que yo, observando los movimientos, puedo deducir su ritmo, el ritmo de el porqué de las cosas, más sonoridad infinita del caos y la absurdidad. Los trozos se mueven y, el público, en vez de retroceder, los abraza, los besa e incluso algunos intentan copular con ellos. Hasta que la sangre y la carne muertas se mezclan con el semen y el sudor vivos. ¿Hay alguna otra respuesta?

Silencio. El espectáculo acaba, las preguntas acaban, la fe acaba, la esperanza acaba.

Salimos así del espectáculo, exhaustos y extasiados. Toda la sala, todos menos uno. Parecía que su última esperanza para comprender el mundo se había desvanecido. Todos lo habíamos conseguido menos él. Lloraba desconsolado hasta que unas chicas, desnudas, salieron de entre las bambalinas, lo abrazaron y, rodeándolo, se lo llevaron. Le perdí de vista en la oscuridad mientras salía del teatro.

Modelado del Padre Rodrigo. Exorcista, teólogo y campeón del mundo de Ping Pong (en su juventud).

Era Rodrigo. Había pasado toda mi vida buscando el porqué de mi existencia. En la filosofía, en Dios, en el diablo y en el ping pong. Ahora que soy un híper-yo, morando entre

mi tumba y una semivida, lo comprendo todo. Todo empezó en el que iba a ser mi final. Había sacrificado tener una familia y una vida para buscar, en los libros, cuál era el sentido de la vida, la muerte y, en general, del universo. Setenta años después, sólo era un triste gordo solitario y maloliente. Un frasco entero de mis pastillas parecía la salida más rápida y fácil. Solo, en mi buhardilla, sin nota de despedida iba a tomarlas cuando apareció ella o él, no sabría decirlo. Era todos mi anhelos hechos persona. Una mezcla del yo que hubiese deseado ser y de todas las amantes que no tuve. “Hola Padre”, me dijo con una sonrisa, “antes de hacer eso, y no piense que no le digo que no lo haga, vea el espectáculo de esta noche. Si no acaba comprendiendo la razón cósmica, nosotras mismas le mataremos.” No tenía nada que perder y, además, esa mujer o hombre me atraía como lo hacían las chicas en mi adolescencia.

Como me temía, cabó el espectáculo y no sentí nada. Sólo rabia y envidia por todo aquel público extasiado. ¿Qué tenían ellos que yo no? ¿No me lo merecía, quizá, después de tantos años de estudio? Ya no tenía ganas ni de matarme pero me lo habían prometido y vinieron a cumplirlo o, al menos, eso creía. Pero resulta que la forma de quitarme la vida iba a ser mucho más sutil que una sobredosis de barbitúricos. Me abrazaron, me consolaron y me dijeron: “Ven con nosotras. Trabajando dos semanas en la Torre Roja podrás ser un híper-organismo y ya no necesitarás respuestas.

Así que me mandaron, en un coche de caballos, a través del páramo gris hasta la Torre Roja. Una vez en su muro exterior, como no tenía puerta, el chófer y yo tuvimos que excavar un túnel con pico y pala. “Bienvenido a la fábrica”, nos dijo, al asaltarnos, un pequeño y crispante señor nada más salir de agujero. “Me llamo Ribello, y le voy a enseñar las oficinas de la tercera planta, donde trabajará en el diseño y la implementación de los objetos de broma que, humildemente fabricamos.”. Estaba bastante cansado y sólo quería dormir, así que respondí: “Es usted muy amable, pero empezaré mañana, de todas formas la oficina ya debe estar cerrada. ¿No?” Su bigotito blanco dio un respingo: “Aquí tenemos un horario indefinido, así que, AHORA, es el momento. ¿No querrá acabar como su anterior compañero, verdad? Hatcher se volvió loco y su enfermedad lo mutó en araña hasta que una salamanquesa gigante se lo comió.” Después de ese argumento no me quedaba otra que subir a la oficina. Allí había como tres mil pequeñas mesas de diseño, todas ocupadas por atareados trabajadores que movían lápices, reglas y rotuladores con un ritmo endiablado, como si de un lago de los cisnes cocainómano se tratara. Llegamos a una mesa vacía, con un papel en blanco y me dijo: “Aquí está su sitio. Ellas quieren los mejores artículos de broma. Cuando haya diseñado cuatro que sean aptos para fabricarse en serie y ser repartidos, desde fetos hasta tumbas, podrá ser transformado en híper-organismo”.

No les voy a describir los siguientes cincuenta años. Ahora, desde esta no-muerte, entiendo porqué lo hice, pero en esos momentos ni me lo planteé. Trabajaba veinte horas al día, diseñando una docena de cachivaches inútiles, que siempre eran rechazados con la misma frase: “Poco gracioso.” La motivación era un misterio, había pasado de querer suicidarme a tener una meta en la vida. Más bien, cuatro metas, que llegaron de imprevisto el día que cumplí ciento veinte años. Ese día, toda mi rabia por no haber entendido el sentido de la existencia se volvió irónica resignación. Me desperté a mí mismo a carcajadas. Que idiota había sido. No había grandes respuestas, sólo un espectáculo de

guiñol que duraba, exactamente, una vida. Los cuatro primeros artículos de broma que diseñé ese día fueron aceptados*:

1. “Pneupiel”: Neumáticos fabricados con piel de manzana para coches chinos con aire acondicionado olor a caca de serie, conducidos por correctos alemanes australopitecus.
2. “Urolamique Cósmico”: Aparato pletismográfico que transforma la señales de las estrellas, recibidas por la Torre Eiffel, en pipi que expulsa el operador a la mañana siguiente.
3. “Adecienticador”: Gomina hecha de una mezcla de pinturas blanca y verde para los bigotes de los señores astrónomos que observan el cielo en el parque.
4. “Caleicosmáfero”: Semáforo caleidoscópico situado en el puente entre la Tierra y la Luna que indica si es el tiempo de plantar habas o dinero.

Vino hasta mi mesa una chica joven, llena de tatuajes y sin pelo. Soy la transportista, vengo a llevarme el “Adecienticador” para una entrega.

Modelado de Hikomo, una mensajera de la que se sospechan ciertas actividades insurrectas. Por fin, después de cuatro modelados parece que conseguiré alguna información útil para el gestor municipal transnacional.

Soy Hikomo. Sólo en las fronteras es donde, hoy en día, se puede encontrar algo de libertad. El resto del universo es una zona gris, con personajes grises e historias grises. La única forma de viajar, legalmente, es hacer encargos para las sucias perras brujas, sirvientes del gestor. Así que yo me callo, pongo buena cara, me afeito de pies a cabeza (quién sabe porqué extraño motivo le tienen tanta manía al bello) y uso mi vieja nave clase “Escolopendra” para repartir sus inútiles cachivaches por el cosmos.

El encargo que me llevó hasta este océano de decrepitud aleatoria parecía, a priori, sencillo: llevar uno de los artículos de broma de la Torre Roja hasta la frontera norte del sistema Gliese, donde debía entregarlo en la tumba de un tal Ascrobius, un ermitaño caído en desgracia. Además, podría aprovechar que estaba en la frontera para adquirir productos explosivos, muy adecuados para una fiesta que tenía programada con “las ayudantes” del gestor. Pero cuando llegué al cementerio, no había ni rastro de la tumba. Le pregunté al vigilante y me contó una historia increíble, algo así como que la tumba se había deshecho o desaparecido de golpe.

¿Dónde puede ir una si quiere enterarse de algo? Pues, a un bar o, mejor, a un burdel. Y en el pueblo había uno de los más famosos de la galaxia, el de la señora Glimm. En sus habitaciones espejadas podían encontrarse hombres, mujeres y hermafroditas de cualquier especie consciente (y, a veces, inconsciente). Pregunté disimuladamente por la tumba, invitando a todo tipo de drogas y, casi todo el mundo, me decía que el único que podía saber algo era un tal doctor Klatt, que parecía haber conocido a Ascrobius en vida. Klatt tenía casa y consulta, pero prácticamente vivía en la biblioteca, el único lugar donde se podía consultar un antiguo libro encuadernado en piel humana. Suelo evitar a intelectuales, tertulianos y jefes, prefiero a la gente que hace cosas, pero si quería entregar mi paquete y

comprar bombas no me quedaba otra que hablar con él. Lo encontré babeando sobre el incunable. Me miró y me preguntó si tenía una nave. “Puede apostar, doc. Si me lleva hasta la tumba de Ascrobius, le dejaré donde quiera”.

Soy Ertex, la inteligencia artificial de una nave estilo “escolopendra”, propiedad de la señorita Hikomo. Este informe es el último que grabo. No creo que nadie lo encuentre nunca, la frontera del lugar donde estoy es sólo de entrada, cualquier salida es imposible.

La misión empezó de una forma extraña. Hikomo embarcó con un doctor (aún no sé en qué), cuyo único equipaje consistía en un viejo libro encuadernado en imitación de piel humana, un gramófono y un disco. “Ertex”, dijo Hikomo, “vamos a reproducir un sonido que sólo puede escucharse en un lugar de la galaxia. Tu cometido es buscarlo con los scanners de larga distancia y llevarnos hasta el foco”. Conectaron el gramófono y pusieron el disco. Al principio, hubiese jurado que sólo se escuchaban cascabeles, pero luego me di cuenta que eran una clase especial de cascabeles. Tardé 0.0001 microsegundos en barrer con mis ultraoídos todo el universo conocido. Mucho más de lo que nunca había tardado, pues el límite de discriminación era extremadamente sutil. Pero lo encontré. Encontré el tintineo de esos cascabeles, como quien encuentra un castillo en la playa en diciembre, hecho por niños locos. Sólo seis años luz, hacia la periferia del supercúmulo local. Tres días de viaje con Hiroko cada vez más nerviosa y el doctor hablando, solo, en su camarote, en lenguas desconocidas para mis bases de datos.

La primera observación extraña que hice, al acercarme al sonido, fue el creciente aumento del calor y la densidad del vacío. De hecho, cada vez era menos vacío y más sopa primordial eléctrica. Plankton cósmico, podríamos decir, y de verdad esperaba no encontrarme con el tipo de ballena que comía eso. Pero lo de verdad sorprendente fue la barrera sónica. Billones de bufones transparentes y gigantescos bailaban una loca danza circular alrededor de algo, desde donde estábamos, invisible. Todos tenían cientos de cascabeles colgando de sus trajes. Hasta dónde puede apreciar una máquina como yo, ése era el espectáculo más grande y esperpéntico que nunca había visto.

“Entra dentro del círculo”, me dijeron. Y aceleré hasta quedarme a una milésima de la velocidad de la luz. Dentro, se podría decir, había el primer engranaje del cosmos, tal como lo habitan humanos, inteligencias artificiales, primordiales y otros seres sintientes. El motor del movimiento perpétuo, podríamos decir, pero, claro, ésa es una metáfora hecha por un algoritmo pensante, y no se adapta a “eso”. Puesto que era una máquina blanda sin propósito. Un bucle realimentándose a sí mismo como un ouroboros celestial.

Puesto que la descripción del programa de la nave no queda clara, voy a modelar al doctor Klatt y a Hikomo. Espero, con ello, saber qué encontraron allí fuera, en el espacio.

Soy el doctor Klatt. Doctor en demonología. Ahora estoy en el lugar más sagrado que puede estar alguien como yo. Estoy ante el sultán del caos, el que, sólo con pensarlo, desató la existencia como un río de lava que devora la realidad. El tipo de existencia que implica putrefacción y muerte. Estoy ante Azathoth, el informe. Tiene millares de ojos de

todos los colores y formas, todos ciegos por flechas, ácidos y enfermedades. Tiene centenares de piernas, brazos, alas y tentáculos que se retuercen alrededor de su blando torso oblongo. Bocas y fauces se abren y sonríen, babean como un niño idiota, pues está lobotomizado, y por ello el universo a salvo. ¿De qué color es? Sólo una vez he entrevistado ese color, en el fondo de un pozo nauseabundo que se llevó la vida de toda una familia y, de paso, la cordura de todo un pueblo. Aún así, no puedo describirlo. Sueño que es el color que cambiará el azul de la tierra. Un día irá hasta vuestras ciudades y pueblos. Visitará los centros comerciales y cambiará las chucherías que compráis por algo que muerda. Llenará las comidas de los restaurantes con veneno que os hará vomitar vuestras propias entrañas. Él es él y ella, y espero que me acoja en sus brazos. Que me sorba será como si copuláramos, y nuestros hijos serán demonios que susurraran en los oídos de todos aquellos que me habéis maltratado. ¡Adiós, hipócratas! Voy a ser comido.

Soy Hikomo. Se suponía que debía encontrar, aquí, la famosa tumba de Ascrobius para poder, por fin, realizar la entrega. Pero aquí sólo hay un loco, tuerto y baboso, tocando la flauta. Por si fuera poco, ni siquiera sabe tocar, y de la combinación de su aliento y sus dedos sólo salen exabruptos sin sentido. Así que ni creo que eche de menos su flauta. Además, algo valdrá en la tierra.

Informe del cambio de sentido en la misión de los robots metamórficos:

La intrusión de un sonido agudo, en la atmósfera terrestre, ha provocado la locura en la mayoría de los padres, los humanos. Ni el gestor ni sus secuaces se han librado, y ahora se dedican a pasearse medio desnudos y olerse el culo. Los pocos que han quedado nos han dado la misión de localizar a un ser en el espacio. Parece que le reconoceremos por estar rodeado de un círculo de cascabeles. Debemos entregarle una flauta.

*Nota del autor: Los nombres y las descripciones de los artículos de broma han sido creados jugando al “cadáver exquisito” con mi hija mayor. De hecho, creo que las descripciones de Ligotti, en el cuento “La Torre Roja”, de los objetos que fabricaban, son la perfecta extensión del surrealismo. Pues toma de él la absurdidad de la realidad más real de lo que solemos considerar la realidad (lo superreal), y lo actualiza a la inutilidad del objeto hipercapitalista actual.